

poesía

Olga Orozco

Hebe Rosell

Olga Orozco muere el 15 de agosto de 1999, a los 79 años, en Buenos Aires, un año después de recibir el premio Juan Rulfo de Literatura.

Afirmaba que la poesía sirve para lo extraordinario: “La poesía está entretrejida con la sustancia misma de la vida, llevada hasta sus últimas consecuencias”. “Mí poesía es sangre llimitada, sangre de abrazo, sangre de colmena”.

Leer a Olga Orozco, una de las poetas más respetadas y admiradas de la generación de escritores argentinos de los años cuarenta, estremece. Sus obsesiones, la infancia, la pasión, el miedo a la muerte, el paso del tiempo, la magia, los presagios, el dolor, la inocencia, son parte del juego demandante y liberador con que reinventamos una y otra vez este terrible mundo, los feroces gatillos percutidos a mansalva para defender nuestro deseo, el goce, la plenitud. Olga Orozco lo sabe todo, y despliega sin embargo el vértigo de su fragilidad y su melancolía. No sabe que nos salva de la muerte y que nos impone la belleza para salvarnos en vida. Una poesía implacablemente personal con instinto de comunidad solidaria; lunar y terrena, solitaria y generosa, caja de Pandora y océano. Olga: la madre siempre buscada, la hermana deseada, la hija que nos interpela infatigable y honda.

Como sucede con el misterio, la poesía de Olga Orozco incita al exilio, tras la promesa; no nos es totalmente revelado, pero nos cambia. Allá vamos.

Olga Orozco(de *Las muertes*, 1952)

Yo, Olga Orozco, desde tu corazón digo a todos que muero.
Amé la soledad, la heroica perduración de toda fe,
el ocio donde crecen animales extraños y plantas fabulosas,
la sombra de un gran tiempo que pasó entre misterios y entre
/alucinaciones,
y también el pequeño temblor de las bujías en el anochecer.
Mi historia está en mis manos y en las manos con que otros
/las tatuaron.

De mi estadía quedan las magias y los ritos,
unas fechas gastadas por el soplo de un despiadado amor,
la humareda distante de la casa donde nunca estuvimos,
y unos gestos dispersos entre los gestos de otros que no me conocieron.
Lo demás aún se cumple en el olvido,
aún labra la desdicha en el rostro de aquella que se buscaba en mí
igual que en un espejo de sonrientes praderas,
y a la que tú verás extrañamente ajena:
mi propia aparecida condenada a mi forma de este mundo.
Ella hubiera querido guardarme en el desdén o en el orgullo,
en un último instante fulmíneo como el rayo,
no en el túmulo incierto donde alzo todavía la voz ronca y llorada
entre los remolinos de tu corazón.
No. Esta muerte no tiene descanso ni grandeza.
No puedo estar mirándola por primera vez durante tanto tiempo.
Pero debo seguir muriendo hasta tu muerte
porque soy tu testigo ante una ley más honda y más oscura
que los cambiantes sueños
allá, donde escribimos la sentencia:
“Ellos han muerto ya.
Se habían elegido por castigo y perdón, por cielo y por infierno.
Son ahora una mancha de humedad en las paredes
/del primer aposento.”

Para hacer un talismán

(de *Los juegos peligrosos*, 1962)

Se necesita sólo tu corazón
hecho a la viva imagen de tu demonio o de tu dios.
Un corazón apenas, como un crisol de brasas para la idolatría.
Nada más que un indefenso corazón enamorado.
Déjalo a la intemperie,
donde la hierba aülle sus endechas de nodriza loca
y no pueda dormir,
donde el viento y la lluvia dejen caer su látigo en un golpe de azul
/escalofrío

sin convertirlo en mármol y sin partirlo en dos,
donde la oscuridad abra sus madrigueras a todas las jaurías
y no logre olvidar.
Arrójalo después desde lo alto de su amor al hervidero de la bruma.
Ponlo a secar en el sordo regazo de la piedra,
y escarba, escarba en él con una aguja fría hasta arrancar
el último grano de esperanza.
Deja que lo sofoquen las fiebres y la ortiga,
que lo sacuda el trote ritual de la alimaña,
que lo envuelva la injuria con los jirones de sus antiguas glorias.
Y cuando un día un año lo aprisione con la garra de un siglo,
antes de que sea tarde,
antes de que se convierta en momia deslumbrante,
abre de par en par y una por una todas sus heridas:
que las exhiba al sol de la piedad, lo mismo que el mendigo,
que plaña su delirio en el desierto,
hasta que sólo el eco de un nombre crezca en él con la furia del hambre:
un incesante golpe de cuchara contra el plato vacío.

Si sobrevive aún,
si ha llegado hasta aquí hecho a la viva imagen de tu demonio
/o de tu dios;
he ahí un talismán más inflexible que la ley,
más fuerte que las armas y el mal del enemigo.

Guárdalo en la vigilia de tu pecho igual que a un centinela.
Pero vela con él.
Puede crecer en ti como la mordedura de la lepra;
puede ser tu verdugo.
¡El inocente monstruo, el insaciable comensal de tu muerte!

Aun menos que reliquias

(de *La noche a la deriva*, 1984)

Son apenas dos piedras.
Nada más que dos piedras sin inscripción alguna,
recogidas un día para ser sólo piedras en el altar de la memoria.
Aun menos que reliquias, que testigos inermes hasta el juicio final.
Rodaron hasta mí desde las dos vertientes de mi genealogía,
más remotas que lapas adheridas a ciegas a la prescindencia y al sopor.
Y de repente cierto matiz intencionado,
cierto recogimiento sospechoso entre los tensos bordes a punto
/de estallar,
el suspenso que vibra en una estría demasiado insidiosa,
demasiado evidente,
me anuncian que comienzan a officiar desde los anfiteatros
/de los muertos.

¿A qué aluden ahora estas dos piedras fatales, milenarias,
con sus brillos cruzados como la sangre que se desliza por mis venas?
A fábulas y a historias, a estirpes y a regiones
entretejidas en un solo encaje desde los dos costados del destino
hasta la trama de mis huesos.

Exhalan otra vez ese tiempo ciclópeo en que los dioses eran
/mis antepasados
malhechores solemnes, ocultos en la ola, en el volcán y en las estrellas,
bajaron a la isla a trasplantar sus templos, sus represalias,
/sus infiernos,
y también esos siglos de las tierras hirsutas, emboscadas
/en el ojo del zorro,

hambrientas en el bostezo del jaguar, inmensas en el cambio de piel
de la serpiente.
Pasan héroes de sandalias al viento y monstruos confabulados
/con la roca,
pueblos que traficaron con el sol y pueblos que sólo fueron dinastías
de eclipses,
invasiones tenaces como regueros de hormigas sobre un mapa de
coagulada miel;
y aquí pasan las nubes con su ilegible código, excursiones salvajes,
y el brujo de la tribu domesticando a los grandes espíritus como un
encantador de pájaros
para que hablen por el redoble de la lluvia, por el fuego o el grano,
por la boca colmada de la humilde vasija.
En un friso de nieblas se inscribe la mitad confusa de mi especie,
mientras cambian de vestiduras las ciudades o trepan las montañas
o se arrojan al mar,
sus bellos rostros vueltos hacia el último rey, hacia el último éxodo.

Un cortejo de sombras viene del otro extremo de mi herencia,
llega con el conquistador y funda las colonias del odio, de la espada
y la codicia,
para expropiar el aire, los venados, los matorrales y las almas.
Se aproxima una aldea encallada en lo alto del abismo igual que un
/arca rota,
una agreste corona que abandonó el normando y recogieron
/los vientos
y las cabras,
mucho antes que el abuelo conociera la risa y los brebajes para
expulsar los males
y la abuela, tan alta, enlutara su corazón con despedidas y desgastara
los rosarios.
Ahora se ilumina un caserío alrededor del espinillo, el ciego
/y el milagroso
santo;
es polvareda y humo detrás de los talones del malón,
de los perros extraídos del diablo,
poco antes que el abuelo disfrazara de fantasmas las viñas,
los miradores, los corrales,

y la abuela se internara por bosques embrujados a perseguir el ave
de los siete colores
para bordar con plumas la flor que no se cierra.

Y allá viene padre, con el océano retrocediendo a sus espaldas.
Y allá viene mi madre flotando con caballos y volanta.
Yo estoy en una jaula donde comienza el mundo en un gemido y
continúa en la ignorancia.

Pero detrás de mí no queda nadie para seguir hilando la trama
/de mi raza.

Estas piedras lo saben, cerradas como puños obstinados.
Estas piedras aluden nada más que a unos huesos cada vez
/más blancos.

Anuncian solamente el final de una crónica,
apenas una lápida.

Con esta boca, en este mundo

(de *Con esta boca, en este mundo*, 1994)

No te pronunciaré jamás, verbo sagrado,
aunque me tiña las encías de color azul,
aunque ponga debajo de mi lengua una pepita de oro,
aunque derrame sobre mi corazón un caldero de estrellas
y pase por mi frente la corriente secreta de los grandes ríos.
Tal vez hayas huido hacia el costado de la noche del alma,
ese al que no es posible llegar desde ninguna lámpara,
y no hay sombra que guíe mi vuelo en el umbral,
ni memoria que venga de otro cielo para encarnar en esta dura nieve
donde sólo se inscribe el roce de la rama y el quejido del viento.
Y ni un solo temblor que haga sobresaltar las mudas piedras.
Hemos hablado demasiado del silencio,
lo hemos condecorado lo mismo que a un vigía en el arco final,
como si en él yaciera el esplendor después de la caída,
el triunfo del vocablo, con la lengua cortada.
¡Ah no se trata de la canción, tampoco del sollozo!
He dicho ya lo amado y lo perdido,

trabé con cada sílaba los bienes y los males que más temí perder.
A lo largo del corredor suena, resuena la tenaz melodía,
retumban, se propagan como el trueno
unas pocas monedas caídas de visiones o arrebatadas a la oscuridad.
Nuestro largo combate fue también un combate a muerte con la muerte,
/poesía.

Hemos ganado, hemos perdido,
porque ¿cómo nombrar con esta boca, cómo nombrar en este mundo
con esta sola boca en este mundo con esta sola boca?

Señora tomando sopa

(de *Con esta boca, en este mundo*, 1994)

Detrás del vaho blanco está la orden, la invitación o el ruego,
cada uno encendiendo sus señales,
centelleando a lo lejos con las joyas de la tentación o el rayo del peligro.
Era una gran ventaja trocar un sorbo hirviente por un reino,
por una pluma azul, por la belleza, por una historia llena
/de luciérnagas.

Pero la niña terca no quiere traficar con su horrible alimento:
rechaza los sobornos del potaje apretando los dientes.
Desde el fondo del plato asciende en remolinos oscuros la condena:
se quedará sin fiesta, sin amor, sin abrigo,
y sola en lo más negro de algún bosque invernal donde aúllan los lobos
y donde no es posible encontrar la salida.

Ahora que no hay nadie,
pienso que las cucharas quizás se hicieron remos para llegar muy lejos.
Se llevaron a todos, tal vez, uno por uno,
hasta el último invierno, hasta la otra orilla.
Acaso estén reunidos viendo a la solitaria comensal del olvido,
la que traga ese fuego
esta sopa de arena, esta sopa de abrojos, esta sopa de hormigas,
nada más que por puro acatamiento,
para que cada sorbo la proteja con los rigores de la penitencia,
como si fuera tiempo todavía,
como si atrás del humo estuviera la orden, la invitación, el ruego.